

LA INVESTIGACIÓN EN PRAGMÁTICA

M. VICTORIA ESCANDELL VIDAL
UNED

1. Introducción

Después de casi 50 años de Pragmática —o quizá incluso algunos más, si tomamos como fecha fundacional la de la tricotomía *Sintaxis / Semántica / Pragmática* de Ch. Morris (1938), y no la de las *William James Lectures* de J.L. Austin en Harvard—, la situación actual es la de una disciplina caracterizada sobre todo por una falta de acuerdo absoluta acerca de las cuestiones más básicas. La Pragmática es hoy una disciplina heterogénea, un nombre bajo el que conviven —no siempre en buena armonía— direcciones de estudio y enfoques con puntos de partida, instrumentos e intereses muy diversos; tan diversos que incluso a quienes trabajamos en este terreno nos parece a veces sorprendente que todos formemos parte de la misma disciplina. Pensemos simplemente en que comparten la misma etiqueta de *Pragmática* trabajos tan diferentes como los que se ocupan de los mecanismos de identificación de implicaturas, de los conectores discursivos, de la variación en la realización de los actos de habla en culturas diferentes, de la manipulación en el discurso político, de la cortesía, del humor, de la interpretación de los tiempos verbales, de las estrategias usadas en la comunicación empresarial, de la aplicación a la enseñanza de lenguas, del orden de palabras... La relación sería interminable.

Mi intención en este trabajo no es, ni mucho menos, rastrear e identificar las causas que han producido la dispersión que hoy caracteriza a nuestra disciplina: el hacerlo resultaría, seguramente, ilustrativo en muchos sentidos, pero nos lanzaría hacia una dinámica centrada en el pasado, que preferiría evitar. Tampoco quiero presentar un estado de la cuestión de la situación actual, en el que quede plasmado cómo se reparten hoy en día las preferencias de los investigadores: qué enfoques gozan de mayor aceptación, y hacia dónde parecen encaminarse las líneas predilectas. Y tampoco pretendo hacer un repaso histórico de lo que se ha logrado a lo largo de este tiempo: ha sido mucho y muy variado, y reseñarlo aquí sería excesivamente largo, y, paradójicamente, serviría de bien poco para aclarar el aspecto que quiero tratar.

Lo que quiero hacer es algo bastante más simple que todo eso. Quiero expresar y compartir mis preocupaciones acerca de la investigación en Pragmática. Mis preocupaciones tienen que ver fundamentalmente con lo que percibo como una limitada proyección hacia el futuro —y, de paso, hacia el exterior— de la investigación sobre Pragmática en España: me parece que la investigación en nuestro país no avanza o, quizá, no avanza lo suficiente. Por diversas circunstancias, me ha tocado seguir bastante de cerca lo que se produce en nuestro ámbito, y mi impresión es que se trabaja mucho, pero de ese trabajo, pocos casos constituyen ejemplos de auténtica investigación: pocos de esos trabajos hacen contribuciones significativas a nuestra comprensión de los fenómenos de nuestro campo.

En consecuencia, quiero reflexionar en voz alta sobre los dos aspectos centrales de la investigación: *qué* investigar, y *cómo* investigar, es decir, en qué consiste investigar y cómo debe hacerse. Mi idea es que, a pesar de las diferencias de enfoque, hay aspectos básicos de lo que es investigar que pueden aplicarse de manera general, con independencia de la perspectiva desde la que se trabaje.

Lo que voy a decir aquí me parece muy elemental, y probablemente es algo que todo el mundo sabe. Sin embargo, la práctica que observo no se ajusta o no se corresponde en un gran número de casos con lo que se debería esperar de la investigación, así que tal vez no esté de más recordarlo de nuevo. Y, precisamente porque el problema tiene que ver con el futuro, me parece adecuado plantearlo en este foro, ya que recae sobre los jóvenes lingüistas la responsabilidad de recoger el testigo de las generaciones anteriores y diseñar la investigación pragmática que ha de hacerse en este nuevo siglo. Por eso no quiero que nos demoremos comentando parcelas del

pasado, sino que miremos hacia adelante, hacia lo que se puede hacer y hacia lo que queda por hacer.

El tema es, por supuesto, delicado, porque toca de lleno la actividad de muchas personas. Me gustaría que nadie se sintiera directamente aludido por mis críticas: la mía es, en todo caso, una crítica acerca de la actividad realizada, no acerca de las personas que la realizan. De todas formas, trataré de evitar los ejemplos concretos de nuestro ámbito, y utilizaré ejemplos de otras disciplinas para que sirvan como metáforas o parábolas de lo que quiero decir. Lo que no trataré de evitar, en cambio, es la polémica, así que presentaré mis ideas de una manera directa y algo radical, para que el punto que quiero ilustrar en cada caso resulte comprensible. Lo que quisiera lograr, al menos, es que cada uno reflexione sobre el tipo de trabajo al que está dedicando sus energías. Mi intención final es que cada uno haga de su práctica investigadora una práctica un poco más consciente: más consciente de cuáles son sus objetivos y cuáles son sus límites. Y mi intención es, sobre todo, constructiva: todo el mundo está a tiempo de reorientar un poco su línea de trabajo.

2. La investigación

Como señalaba antes, mi impresión es que en España hay poca investigación en Pragmática. Esto, seguramente, sorprenderá a muchos, ya que cada año ven la luz decenas, quizá centenares de trabajos, que serán posteriormente catalogados en las bibliografías y en las bibliotecas bajo el encabezamiento de *Pragmática*. Es más, se podría decir que nunca antes había habido una proliferación tan notable de publicaciones de este tipo. Todo esto es cierto: se publica mucho, muchísimo, pero en mi opinión una parte muy importante de lo que se publica no puede calificarse genuinamente de *investigación*. *Investigar* no es simplemente *aplicar una metodología rigurosa*: para que un determinado trabajo sea una muestra de auténtica investigación tiene que hacer progresar nuestra comprensión de los fenómenos. Lo que me inquieta es que el porcentaje que representan sobre el total de la producción los trabajos que realmente nos hacen entender mejor las cosas es muy pequeño. Y mis reflexiones van encaminadas a ver por qué se da esta situación y qué podemos hacer para modificarla. Antes de seguir debo hacer una precisión importante: al afirmar que un porcentaje amplio de lo que se produce no es investigación en sentido estricto no quiero decir que estos trabajos carezcan de interés; lo tienen, pero están planteados de una manera tal que su contribución al avance de la disciplina resulta escasa y limitada.

Podría objetarse que, hasta cierto punto, es natural que haya pocos trabajos que hagan avanzar auténticamente nuestro conocimiento: investigaciones realmente innovadoras (es decir, investigaciones de las que dan lugar a giros copernicanos en nuestra manera de entender los fenómenos) hay, afortunadamente, pocas por milenio. La ciencia no necesita continuos sobresaltos, sino que, para poder seguir avanzando, tiene antes que cimentar y fundamentar sólidamente cada nuevo hallazgo, cada nueva propuesta. Esto no es ninguna objeción a mi punto de vista. Al contrario, estoy completamente de acuerdo con esta idea: para progresar no necesitamos obligatoriamente producir una nueva teoría cada poco tiempo. Avanzar consiste también en desarrollar las teorías que ya tenemos, las que han producido buenos resultados en la explicación del tipo de fenómenos para los que fueron diseñadas: necesitamos refinarlas, ajustarlas, completarlas, modificarlas donde sea preciso,... de modo que nuestra comprensión de los fenómenos que tratamos de explicar sea cada vez más nítida, cada vez más precisa, cada vez más completa. Esta tarea es también investigación, y a ella tampoco le dedicamos —me parece— suficientes energías.

2.1. Del estudioso al investigador

No todos nos acercamos al conocimiento de la misma manera. En el mundo del conocimiento circulan dos especies principales de personajes: los estudiosos y los

investigadores. Los individuos se adscriben a una u otra de estas clases en función de cuál sea su actividad principal, cuáles sean sus intereses y sus objetivos.

El estudioso es un coleccionista de datos sobre un tema. Como cualquier coleccionista, el estudioso siente una pasión personal por el tema al que dedica sus esfuerzos, y se afana en recopilar cuantos datos pueda acerca del tema de su interés. Su móvil es la curiosidad. Por ejemplo, un estudioso de los bailes tradicionales de su región se ocupa en recoger las músicas que los acompañan, los trajes con que se bailan, las diferentes coreografías, los instrumentos musicales utilizados, los diferentes tipos de bailes, los momentos a que se asocia cada tipo...; hace entrevistas, busca ilustraciones y grabados, recorre museos de tradiciones populares, compra objetos relacionados... Los estudiosos, que muchas veces son autodidactas, acaban sabiendo mucho sobre su tema, y pueden escribir monografías interesantes y dar conferencias brillantes. Muchos estudiosos, además de datos directos sobre las cosas, coleccionan también los que otros estudiosos han dicho acerca de ellas: los llamamos, entonces, eruditos. Los eruditos posee sobre todo un amplísimo bagaje de lecturas, lo que le permite sacar a colación con soltura las opiniones vertidas por otros.

Cuando el estudioso parte de una instrucción explícita previa, estandarizada y general se convierte en un profesional, y se convierte en un especialista. El especialista conoce muy bien los datos y también la bibliografía relevante. Lo diferencial del especialista es que su formación previa le ha proporcionado, además de conocimientos específicos, también marcos de referencia más amplios en los que insertar su conocimiento, que le permiten establecer conexiones con otras parcelas de su campo diferentes de la suya. Esto significa que el conocimiento de un especialista está sistemáticamente organizado.

Estudiosos, eruditos y especialistas comparten el hecho de que su interés se sitúa en los datos: se preocupan por saber cómo son las cosas; y son buenos cuanto más amplio es su conocimiento: un especialista es bueno cuando sabe muchas cosas.

Los investigadores constituyen una categoría radicalmente diferente. Los investigadores tienen que ser buenos especialistas; pero hay, sin embargo, una diferencia cualitativa importante que los diferencia de las tres clases anteriores. Los investigadores tienen que partir de un conocimiento estructurado y sistemático de los datos, pero no se conforman con saber cómo son las cosas, sino que se hacen otras preguntas sobre ellas, y en particular, la pregunta de por qué las cosas son como son, y no de otra manera. A un investigador no le basta con poseer un saber declarativo acerca de cómo es la realidad; un investigador busca avanzar en un saber de tipo explicativo, que, además de describir adecuadamente la realidad, pueda dar cuenta de ella en términos más generales y abstractos. La tarea del investigador es la de avanzar y hacer avanzar en la comprensión del mundo.

Por supuesto, uno puede elegir a qué grupo pertenece y ajustar su actividad a sus preferencias. Afortunadamente, sabemos que ninguno de los que siguen estas reflexiones ha optado por convertirse en un personaje de las dos primeras categorías, que representan, de hecho, especies en extinción dentro del panorama lingüístico. Como profesional, uno puede elegir entre ser un especialista o un investigador. Cualquiera de estas opciones es perfectamente legítima: lo importante, en todo caso, es ser conscientes de que son dos cosas diferentes. El que quiera ser investigador, el que quiera dedicar su trabajo no a acumular conocimientos sobre la lengua, sino a que todos entendamos mejor cómo funciona la lengua, tendrá que ajustarse a los requisitos que impone la investigación científica.

2.2. Investigar: Qué y cómo

¿Cuáles son estos requisitos? En líneas muy generales, la investigación debe orientarse a desentrañar cómo funcionan las cosas (objetos, fenómenos, procesos), de modo que ello nos permita ir comprendiendo cada vez mejor, parcela a parcela, el mundo que nos rodea. Esta caracterización puede aplicarse a cualquier aspecto de la realidad, desde los sistemas de orientación de las ballenas, hasta la formación de una borrasca, pasando por la gravitación de los cuerpos celestes o el funcionamiento del páncreas.

La investigación persigue como meta el proporcionarnos modelos comprensibles de diferentes aspectos de la realidad; modelos que expliquen las pautas que rigen los fenómenos y que nos permitan pasar de la incertidumbre azarosa que siempre rodea lo que nos resulta desconocido a la certeza predecible de lo conocido. Comprender cómo funciona algo supone entender su mecanismo implícito y, en consecuencia, poder conjeturar, a partir de un determinado estadio, cuáles pueden ser los estadios posteriores. El conocimiento nos permite abandonar y superar la edad en que la explicación de los fenómenos y la predicción de sus consecuencias proviene sólo de las dotes adivinatorias del brujo de turno, y pasar a la época en la que esto se halla al alcance de todo aquel que tenga los conocimientos y los instrumentos adecuados.

Para avanzar en nuestra comprensión de las cosas, no basta con hacer caracterizaciones intuitivamente ajustadas de los fenómenos: éstas pueden representar, desde luego, un primer paso digno de ser tenido en cuenta, pero no constituyen el fin último de la investigación, que debe aspirar a lograr metas más elevadas. El paso siguiente es elaborar hipótesis que desemboquen en una teoría. Una teoría es un sistema de principios cuyo objetivo es explicar un conjunto relacionado de hechos y de fenómenos. La meta central de cualquier teoría es desentrañar los mecanismos que subyacen a los fenómenos observables, y proponer explicaciones en términos de principios causales de aplicación universal. No basta, pues, con que la caracterización de los datos sea correcta, sino que es necesario trascender los fenómenos en busca de sus justificaciones: una descripción adecuada es el punto de partida, pero no representa el punto de llegada. Las teorías deben formularse, además, de manera explícita en todos sus puntos, para que puedan ser sometidas a comprobación empírica. De poco sirve una explicación si no tenemos criterios para aplicarla o para demostrar que no es correcta.

El conocimiento científico, además, es objetivo, transmisible y reproducible: no está a merced simplemente de las dotes, de la intuición o de la finura analítica de los individuos, sino que está basado en procedimientos y en técnicas que funcionan con independencia de los individuos que las apliquen. Por supuesto, esto no quiere decir que venga mal el poseer esas dotes o esa intuición especial; lo que trato de subrayar es la prioridad de los procedimientos objetivos sobre la subjetividad.

En resumen, el avance en la investigación científica trata de establecer leyes y principios generales sobre los hechos y los fenómenos que constituyen su objeto de estudio. Para ello, deben satisfacerse ciertos requisitos, unos requisitos que impone la propia lógica científica. En función de estos requisitos —el cómo investigar— puede ser necesario a veces redefinir los objetos de investigación, de manera que nuestro objeto esté formado por fenómenos homogéneos sobre los que poder descubrir generalizaciones significativas. En realidad, *qué* investigar y *cómo* investigar no son dos aspectos diferentes, que se puedan establecer por separado, sino que constituyen dos facetas o dos vertientes de la misma realidad. La pregunta de qué investigar no es independiente de cómo se investiga; y viceversa, cómo investigar está también en función de lo que se investiga.

3. Los datos de la investigación

Aquí es donde se plantea el primer reto que debe superar con éxito la investigación en Pragmática: el de la definición de su propio objeto. No me refiero a tratar de decidir qué cosas entran o no dentro de nuestra disciplina, o si es preferible decantarse por un tipo u otro de estudio, o si es mejor una determinada propuesta u otra, o si son más importantes para la Pragmática las estrategias individuales o las convenciones sociales... Cuando hablo de la definición del objeto me refiero a las condiciones que debemos poner al objeto (sea éste el que sea), para que resulte susceptible de un tratamiento científico.

El problema es el siguiente: para lograr sus objetivos (sean éstos los que sean) la Pragmática toma como materiales los enunciados concretos emitidos por hablantes concretos y dirigidos a destinatarios concretos en situaciones comunicativas también concretas. Cada enunciado es, por tanto, una entidad física, objetiva y relativamente objetivable, bien definida

por coordenadas espacio-temporales propias; hasta aquí, todo va bien. Pero, a la vez, cada enunciado es único e irrepetible, y esto representa el obstáculo principal que debe salvar (o derribar) nuestra disciplina: sabemos que no se puede hacer ciencia a partir de lo que es singular e individual; la ciencia se hace a base de generalizaciones.

Por supuesto, lo que acabo de decir no implica que lo individual no resulte interesante precisamente por lo que tiene de singular. Éste es, precisamente, el atractivo de las obras de arte únicas: podemos gozar con ellas, disfrutarlas, adquirirlas, comentarlas, analizarlas... pero, repito, sobre lo que es único e irrepetible no se puede hacer ciencia. Si no nos molesta que nuestra disciplina tenga un estatuto acientífico — lo cual no quiere decir que sea algo inútil o carente de interés, sino simplemente que es algo ajeno al mundo de la investigación científica—, entonces podemos seguir adelante con nuestro trabajo sin preocuparnos por ninguna de las reflexiones que voy a hacer a continuación en estas páginas. Pero si aspiramos a estar encuadrados en el mundo de la investigación, si pretendemos que nos tomen en serio en el mundo de la ciencia, entonces tenemos que ajustarnos a los estándares que se han ido estableciendo para la investigación científica.

3.1. Los problemas de una selección inadecuada de los datos

3.1.1. El comentario

Pues bien, hay muchos trabajos sobre aspectos del uso de la lengua en la comunicación que no superan con éxito el primer obstáculo, y no trascienden la singularidad de los datos. Se trata de trabajos que presentan muchos rasgos propios de una visión precientífica, en la que la calidad de lo que se dice depende sobre todo de las cualidades de quien lo dice, y no de la solidez de los argumentos, las pruebas y los datos que se presentan. Son trabajos que glosan o comentan muestras concretas (como los que explican, por ejemplo, la interpretación de un texto), sin que de ese comentario puedan extraerse consecuencias de mayor alcance, es decir, consecuencias que trasciendan o sobrepasen la mera descripción de la muestra que se comenta. Este tipo de trabajos son herederos de una época pasada, en la que las disciplinas humanísticas estaban “condenadas” a producir, en el mejor de los casos, sólo un discurso de tipo ensayístico; un discurso en el que priman la apreciación personal y la subjetividad, y en el que la amplitud de la cultura y de los conocimientos de quien lo produce es una condición necesaria para su calidad. Los resultados pueden ser, por supuesto, interesantes y, en muchas ocasiones, resultan brillantes; pero si su contribución no intenta ir más allá, su interés queda restringido a un área muy local.

Voy a poner un ejemplo de lo que quiero decir —Utilizaré, como dije al principio, metáforas y parábolas—. Comentar un partido de fútbol es una actividad que requiere un buen conocimiento de este deporte: el reglamento, las tácticas, las estrategias, la trayectoria de los equipos que se enfrentan, las preferencias de sus entrenadores, las cualidades de sus estrellas... Todo lo que se sepa al respecto puede resultar útil en un momento dado para comentar una jugada, para valorar una estrategia, para caracterizar el desarrollo de un partido. Y, sin embargo, estarán de acuerdo conmigo en que ni los comentarios hechos directamente durante la retransmisión, ni el artículo en el que se comenta el partido, con detalle y tras una minuciosa reflexión, en el periódico del día siguiente son, en ningún sentido, trabajos de investigación.

Sé que el ejemplo está muy alejado de lo que hacemos nosotros. He dicho que intento evitar los ejemplos que tienen que ver directamente con nuestra actividad. Creo, de todas formas, que puede servir para poner de relieve el problema que quiero señalar. Hecho de manera profesional, el comentario es una actividad interesante y creativa, que revela en quien la practica unas aptitudes que no todos poseen —y, además, con toda seguridad, da más dinero que la investigación—. El comentario es, también, útil como ejercicio de aprendizaje, ya que pone de relieve la preparación de quien lo hace y el dominio de las claves interpretativas necesarias para llevarlo a cabo con éxito. Ahora bien, si lo que pretendemos es hacer investigación, entonces no podemos conformarnos con permanecer en el nivel del comentario.

3.1.2. El análisis

Hay otro tipo de trabajos que comparten con los comentarios la propiedad de centrarse en lo individual y lo singular: me refiero a los análisis. Los análisis son simplemente la versión objetiva de los comentarios. Esta nueva versión utiliza métodos más refinados, especialmente métodos cuantitativos y estadísticos. Para poder llevar a cabo un análisis hace falta ser un buen conocedor del objeto y también de las técnicas que se van a emplear para analizar dicho objeto. En un análisis, se contabilizan unidades, se extraen porcentajes, se establecen correlaciones entre magnitudes... La utilización de herramientas estadísticas significa, por supuesto, un avance muy notable, al menos en dos sentidos: por un lado, reduce extraordinariamente la subjetividad de los análisis y no condiciona tanto los resultados a la personalidad o las dotes del autor; por otro lado, hace transferibles y reproducibles los resultados. De este modo, hemos eliminado, efectivamente, dos de los “defectos” que habíamos señalado en los comentarios. Pero estas ventajas no deben ocultar que el uso de instrumentos de medida, por muy sofisticados que éstos sean, no convierte el resultado obtenido en un resultado de investigación; representa, seguramente, un paso en la dirección correcta, pero no garantiza por sí solo que los resultados supongan un avance en nuestra comprensión de los fenómenos.

Para dejar un poco más claro lo que quiero decir, utilizaré de nuevo un ejemplo de otro campo. Imaginemos que tomo una muestra de sangre de un individuo y la examino utilizando para ello las técnicas más modernas que existen en la actualidad y los instrumentos más sofisticados para el análisis. Obtengo datos cuantitativos que puedo tabular y relacionar entre sí. Los resultados son perfectamente objetivos y comprobables, y me permiten hacer afirmaciones totalmente seguras acerca de la cantidad de hemáties y leucocitos, o sobre los niveles de colesterol o glucosa de la muestra que he analizado. ¿Puedo decir que lo que he hecho es una *investigación* sobre la sangre? Claramente, no: lo que he hecho es un *análisis* de sangre. Ningún especialista en este tipo de análisis diría que su trabajo constituye una investigación. Un análisis no es una investigación porque el análisis, por sí mismo, no trasciende la cuantificación de la muestra.

¿Quiere esto decir que los análisis de sangre son inútiles? No, en absoluto. Los análisis de sangre son instrumentos de diagnóstico imprescindibles en la medicina moderna, gracias a los cuales pueden tomarse decisiones terapéuticas sobre una base fiable, pero no son investigaciones porque no hacen avanzar el conocimiento general sobre la sangre, sino que lo que nos ofrecen es un conjunto de datos concretos sobre un individuo particular, de modo que su interés para la ciencia general es prácticamente nulo. Es más, si los datos del individuo tienen valor y relevancia como parte de un diagnóstico es precisamente porque los comparamos con otros patrones externos, que no vienen dados por el análisis mismo, sino que dependen de lo que la investigación ha establecido como cifras medias de normalidad para cada parámetro.

El problema sobre el que quiero llamar la atención, por tanto, es el de la proliferación de análisis de casos particulares, que están de entrada condenados a no hacer ninguna aportación significativa a nuestro conocimiento general. Un trabajo cuyo objetivo final sea realizar simplemente un análisis, cuantificar los diferentes componentes de una muestra lingüística, por muy preciso que éste sea, no logrará nunca sobrepasar la frontera de lo que es simplemente descriptivo. ¿Tenemos, entonces, que dejar de hacer análisis? ¿Son totalmente inútiles todas las metodologías y todo el instrumental estadístico que se ha desarrollado en los últimos años? No, en absoluto. Lo que hace falta es comprender que el análisis es un elemento de descripción que puede ser necesario en ciertas fases de la investigación, pero que ni es la investigación misma, ni puede constituir nunca el fin último de la investigación. Es necesario, pues, seguir analizando con detalle las cosas, pero siempre que el análisis esté en función de otros objetivos de alcance más amplio.

3.2. Del análisis a la investigación: la selección adecuada de los datos

¿Cómo podemos convertir un análisis en (parte de) una investigación? Si el problema de los análisis es la singularidad de la muestra, entonces podríamos pensar que, para huir de la singularidad, lo que hace falta es aumentar el número de muestras analizadas. Y esta es, efectivamente, la estrategia que se ha seguido en muchas ocasiones en nuestra disciplina (y otras vecinas): se han analizado grandes colecciones de datos. El método empleado es básicamente el mismo que para el análisis de muestras simples; la principal diferencia es que el volumen de datos permite comparar resultados y obtener tendencias estadísticas más amplias. Siguiendo con el ejemplo anterior, sería como si en vez de una única muestra de sangre analizáramos muchas: esto nos permitiría establecer no sólo los valores que presenta cada individuo, sino establecer algunas tendencias generales a base de comparar los datos de individuos diferentes. La pregunta ahora es: ¿Constituiría esto por sí mismo una investigación? Quizá tengamos dudas al responder.

La pregunta debería plantearse en otros términos: ¿En qué medida contribuyen los resultados a mejorar nuestra comprensión de las cosas? Si lo que se ha hecho es tomar las muestras más o menos aleatoriamente, analizarlas, tabular sus resultados y establecer tendencias porcentuales, entonces seguramente podremos decir que hemos aprendido bien poco. ¿Por qué? En primer lugar, porque seguramente la mayoría de las muestras se mantendrá dentro de los dinteles considerados normales; las pocas muestras que se aparten representarán una cantidad estadísticamente poco relevante, de modo que se considerarán escasamente significativas. El resultado es que habremos invertido mucho tiempo y mucho esfuerzo para obtener un resultado que ya conocíamos de antemano, o que podríamos haber previsto. Esto implica que no es tampoco el volumen de datos examinados lo que hace que un trabajo sea una investigación. ¿Qué le falta a nuestro ejemplo?

Lo que le falta a nuestro ejemplo es un ingrediente básico. Hemos dicho que la investigación tiene como objetivo hacer avanzar nuestra comprensión de las cosas proponiendo explicaciones a los fenómenos. Pues bien, lo que le falta a los trabajos del tipo de los que estamos comentando es precisamente el dar el salto desde la descripción a la explicación: una investigación genuina tiene que estar encaminada a obtener generalizaciones que trasciendan la mera descripción de la muestra. Muchos trabajos fallan como investigaciones precisamente porque su autor se niega (o no se atreve, por miedo a equivocarse) a dar ese salto. Es más, en muchos trabajos se hace constar explícitamente que los resultados obtenidos no deben entenderse como indicadores generales, sino como la formalización de los datos de la muestra. Pero si el trabajo no pretende ser representativo de lo que ocurre a escala general, entonces ¿de qué sirve conocer esos datos? ¿en qué sentido mejoran nuestra comprensión de los fenómenos? Su contribución será muy limitada. Porque si los resultados no trascienden la muestra, podemos imaginar que si la muestra hubiera sido diferente también habrían sido diferentes los resultados. Sólo cuando se busca establecer generalizaciones se está dando un paso en la dirección de investigación correcta.

Así pues, para vencer el problema de la singularidad de los datos, lo que necesitamos no es tanto una diferencia cuantitativa en el número de datos que manejamos, sino una diferencia cualitativa en el tipo de datos. Esto implica tener que modificar no la naturaleza del objeto que queramos investigar, sino el punto de vista desde el que lo abordamos. En pocas palabras, lo que necesitamos es adoptar una perspectiva que nos permita situarnos en un nivel de abstracción suficiente como para poder “ver” lo que tienen en común los enunciados individuales. Tenemos que operar con categorías más abstractas que hagan posible la obtención de generalizaciones. Esto significa que no sirve cualquier dato, que no todos los datos tienen el mismo valor ni la misma representatividad. ¿Cómo identificar los datos que resultan relevantes?

Regresemos de nuevo a nuestro ejemplo de los análisis de sangre. Cualquiera podría objetar a mi crítica que estoy dando por sentado que conocemos de antemano cuáles son los valores de referencia para cada parámetro. Sin embargo, podríamos imaginar que esto no siempre ha sido así. Entonces, a partir de un conjunto amplio de muestras, nuestro trabajo

podría estar destinado a establecer precisamente cuáles son los valores de referencia medios para algunos de esos parámetros. Esto es totalmente cierto. Pero, si éste es el planteamiento, hay una diferencia decisiva entre los dos trabajos: sólo en el segundo hemos establecido un objetivo de investigación y buscamos una generalización significativa. Dicho en términos informales, en el primer caso hemos analizado un conjunto de muestras para ver qué sale, sin expectativas previas sobre los resultados, sin ir a buscar nada concreto; en el segundo, en cambio, hemos ido a buscar algo en particular. La diferencia entre ambos enfoques es, como digo, decisiva; y nos sitúa en condiciones de ofrecer una respuesta a la pregunta de qué datos debemos utilizar en una investigación. La respuesta debería resultar obvia: debemos utilizar el tipo de datos que nos permita llegar a generalizaciones. Dicho de otro modo, tenemos que seleccionar los datos en función de su representatividad para el fenómeno que queramos explicar.

4. Dos componentes básicos de la investigación: hipótesis y preguntas

Esta diferencia pone, a su vez, de relieve los dos aspectos centrales de la investigación: 1) la investigación tiene que tener objetivos concretos, y 2) los objetivos se definen a partir de ideas previas, a partir de hipótesis de trabajo.

4.1. Las hipótesis de partida y el lugar de la teoría

Comencemos por el segundo de estos componentes. Ninguna investigación puede partir de cero, sino que tiene que dar por supuestas algunas ideas básicas, de las que será posible derivar consecuencias. La versión más “blanda” de esta idea es la que establece que para investigar es necesario conocer bien lo que se sabe y lo que se ha logrado ya. No podemos hacer como aquel al que contratan para pintar las líneas divisorias de una carretera: el primer día pinta varios kilómetros; el segundo día, unos centenares de metros; el tercer día, sólo pocos centímetros. Cuando el encargado le pregunta el porqué de ese descenso en su rendimiento, el hombre se justifica: “Es que, jefe, el bote de pintura cada día está más lejos...” Para avanzar es preciso situarse en el punto de llegada de otros avances previos.

Esto es algo que tenemos bastante claro en el ámbito hispánico, de modo que cualquier trabajo de investigación dedica siempre un apartado a la revisión de la bibliografía anterior. El problema que veo en la manera tradicional de hacer esto está en el exceso, y no en el defecto: muchas veces ese apartado tiene una importancia y una extensión desmesurada, tanto que acaba a veces convirtiéndose en el punto central y único del trabajo; y acaba, de paso, consumiendo la energía del autor para proponer algo por su cuenta. Igual que el análisis de los datos no puede ser nunca un fin en sí mismo, tampoco puede serlo la revisión de lo que se ha dicho anteriormente. Si dejamos que se convierta en un aspecto demasiado importante, nos veremos apeados de la condición de investigador para volver a la de especialista o, peor, a la de simple erudito. La revisión de las propuestas anteriores es, sin duda, un paso necesario en la investigación, pero no puede ser su centro.

La revisión de propuestas representa, como decía, la versión “blanda” de la necesidad de partir de algo previo. La que me interesa es la versión “dura”: la que afirma que para que los resultados de la investigación sean significativos, debemos partir de los supuestos y las bases establecidas por un determinado modelo teórico: si no hay una teoría previa, no puede haber investigación. Alguien podría pensar que, si partimos de hipótesis previas, si tenemos expectativas de algún tipo sobre los resultados, estamos, de hecho, sesgando la investigación, restándole objetividad y condicionando los resultados; una investigación objetiva debería no dar por sentado nada, debería no tener ideas previas, y debería dejar que sean los datos los que hablen *a posteriori*.

Nada más lejos de la realidad. El no tener hipótesis previas es, me parece, el mayor error en que se puede incurrir, y no garantiza en absoluto la objetividad; al contrario, lo que asegura, más bien, es no tener una dirección clara en la que buscar, ni una meta a la que tender. Si el objetivo general de cualquier investigación es avanzar, lo primero que tenemos que tener

claro es dónde estamos; pero con esto no basta: para avanzar debemos saber también en qué dirección hemos de movernos para ir hacia delante; de lo contrario, podría suceder que retrocediéramos o que nos moviéramos en círculos. Pues bien, es la adopción de las hipótesis de una teoría (y no la simple revisión de propuestas) lo que, a partir de lo que sus logros sugieren, nos permite diseñar una estrategia para proseguir en una dirección determinada. Puede que nos equivoquemos de dirección y tengamos que dar marcha atrás, pero si sabemos qué dirección hemos seguido, siempre será más fácil retroceder sobre nuestros pasos y tratar de identificar en qué punto nos hemos equivocado: siempre será preferible ir en una dirección conocida que navegar a la deriva.

Muchos trabajos rechazan abiertamente la adscripción a un modelo teórico. Sus autores proclaman su eclecticismo y hacen bandera de él, como si constituyera una garantía de independencia y de objetividad. Nada más equivocado. Las teorías representan marcos de referencia unificados y unificadores, sistemas que dan sentido a sus diferentes componentes en virtud de la articulación interna de éstos. Las teorías tienen poder explicativo precisamente porque todos sus componentes están diseñados para trabajar conjuntamente. Cualquier propuesta hecha al margen de una teoría pierde la posibilidad de integrarse en un marco más amplio que la dota de significado. Es como si diseñáramos el carburador de un motor sin saber para qué motor lo diseñamos. Incluso si el carburador funcionara correctamente, resultará perfectamente inútil si no conseguimos integrarlo en ningún motor de los existentes: nadie podrá usarlo y nadie lo comprará. Esto es lo que ocurre cuando se trabaja a espaldas de la teoría: un amateur, tal vez, puede permitírselo; un profesional, no.

Volvamos de nuevo a nuestro ejemplo. Si nos ha parecido que el establecer los valores de referencia medios para un determinado parámetro sanguíneo es un buen ejemplo de investigación, es precisamente porque este trabajo arranca de una serie de hipótesis previas. Efectivamente, nadie emprendería esta investigación si no partiera del supuesto de que existe una correlación estable y constante entre los niveles de cierto elemento y el estado que denominamos informalmente *salud*. La idea es que la normalidad puede asociarse con ciertos valores, y de lo que se trata, entonces, es de establecer sus límites. Si conseguimos establecerlos, estaremos en condiciones de proponer generalizaciones al respecto, con lo que, además de haber avanzado en nuestro conocimiento, podremos extraer nuevas aplicaciones: por ejemplo, la de disponer de un elemento de diagnóstico que nos permita detectar posibles disfunciones. Nadie iría a buscar estas correlaciones si no supusiera de antemano que tales correlaciones pueden ser significativas.

Pero, además, el partir de hipótesis previas ayuda también a restringir el ámbito de búsqueda en varios sentidos. Por un lado, obliga a descartar, en principio, los parámetros diferentes al que se quiere investigar. Por supuesto, puede haber también correlaciones entre dos o más parámetros, pero seguramente es preferible tener primero claras las cosas una por una. Y, por otro lado, obliga, como decíamos, a seleccionar los datos, a no utilizar muestras aleatorias, sino muestras representativas. Si lo que queremos establecer es el valor de referencia medio de un parámetro sanguíneo en los estados de salud y su posible alteración en individuos que sufren una determinada enfermedad, tenemos que elegir un conjunto representativo de muestras de individuos aparentemente sanos y compararlo con otro conjunto de muestras de individuos enfermos, de modo que esto nos permita oponer y contrastar los resultados de ambos grupos. De otro modo, si tomáramos las muestras aleatoriamente, mezclando los resultados de los individuos sanos y los enfermos, lo único que obtendríamos es una nivelación estadística que no haría más que desdibujar las correlaciones. Esto supone, pues, por una parte, haber identificado previamente las variables que pueden concurrir, y, por otra, ser capaz de controlarlas. Necesitamos datos homogéneos en función de los aspectos que queramos tratar. Las hipótesis previas exigen, por tanto, una selección motivada de los datos que se van a analizar: si no se hace así, no hay apenas ninguna probabilidad de dar con resultados significativos.

Ninguna de estas características se daba en el trabajo que analiza muestras de sangre tomadas aleatoriamente, analizando a la vez todos sus aspectos, sin partir de ninguna hipótesis

previa, sin buscar nada en particular, y esperando a que sean los datos los que hablen. Los datos en bruto no dicen nada.

4.2. Los objetivos: La pregunta de investigación

Hemos dicho que los supuestos de un modelo teórico determinado nos ayudan a fijar la dirección en la que movemos. Esto quiere decir que la teoría no sólo nos interesa porque marca un punto de partida, sino también porque marca un punto de llegada: sólo a partir de las hipótesis previas se pueden identificar los objetivos de la investigación. Lo que es importante es entender que la investigación es siempre, y necesariamente, una actividad guiada por un objetivo específico; en caso contrario, no hay investigación. Cuando hablo de *objetivo específico* me refiero a que la investigación tiene que estar encaminada a obtener un resultado concreto que, de alguna manera, se ha prefigurado con antelación. La versión más habitual de presentar un objetivo es bajo la forma de *pregunta de investigación*. Una pregunta de investigación representa la identificación de un problema no resuelto al que el trabajo que se realiza trata de dar una solución de aplicabilidad general.

El problema tiene que ser concreto y estar bien delimitado. Muchos trabajos fallan porque sus autores identifican equivocadamente temas con objetivos. Un tema define un ámbito de la realidad, no un problema de investigación. La pregunta relevante para la investigación no es *qué* es algo, o *cómo* es —ésta es los centros de interés de un especialista—, sino *por qué* ese algo es como es, o *en qué condiciones* se comporta como se comporta. Por ejemplo, “la sangre” es un tema —y uno ya muy amplio, por cierto—, pero no una pregunta de investigación: uno puede *leer* sobre la sangre, *aprender* cosas sobre la sangre y convertirse en un experto, *escribir un ensayo* sobre la sangre, *redactar un manual* introductorio sobre la sangre, pero ningún científico *investigaría* sobre la sangre en general; tampoco “los hematíes” son un objetivo de investigación.

Para que algo cuente como investigación es necesario identificar un problema, establecer un conjunto de hipótesis de partida, seleccionar unos datos, diseñar unas pruebas y obtener unos resultados. La investigación criminal representa, a este respecto, un caso paradigmático de investigación: hay un problema que resolver, unas hipótesis de partida, un conjunto de criterios para identificar datos relevantes y descartar los que no lo son, unas técnicas de análisis y prueba, y unos procedimientos contrastados para obtener resultados fiables.

Pensemos ahora en un tipo de trabajo que represente genuinamente un ejemplo de investigación. Por ejemplo, tomemos el caso de un trabajo llevado a cabo hace no mucho tiempo. Los investigadores querían comprobar si el consumo habitual y diario de jamón ibérico tenía incidencia en los niveles de colesterol en sangre. La hipótesis de partida es que la grasa del cerdo de bellota se forma a partir de la ingestión de grasa vegetal. Puesto que se ha demostrado que la grasa vegetal es beneficiosa para regular los niveles de colesterol, sería esperable que el consumo de una grasa formada a partir de elementos vegetales tuviera una incidencia positiva. Hay, por lo tanto, un conjunto explícito de hipótesis de partida. Para ello, se diseñó el siguiente experimento: después de haber realizado los análisis previos oportunos, se sometió a un grupo de personas a una dieta con una determinada cantidad de jamón ibérico durante un tiempo determinado; paralelamente, se controló a otro grupo similar de personas en cuya dieta, igual en todo lo demás, se excluía el jamón. Pasado el tiempo previsto, se realizaron los análisis correspondientes y se obtuvieron resultados. Creo recordar que lo que se demostró es que existe una incidencia positiva del consumo de jamón ibérico sobre el descenso de los niveles de colesterol en sangre. Pero, aunque no fuera así, lo que me interesa no son los resultados concretos, sino el planteamiento.

Así pues, la teoría proporciona no sólo las hipótesis, sino también las preguntas de investigación. A partir de las propuestas de un determinado modelo teórico se pueden diseñar investigaciones orientadas a establecer nuevas aplicaciones de distinciones ya conocidas, o de explicar un fenómeno que no se comprendía bien en términos de otros fenómenos bien conocidos. Efectivamente, muchas investigaciones se dedican a desarrollar y extender las

propuestas de una determinada teoría a nuevos casos. Constituyen trabajos de investigación porque nos permiten avanzar a partir de un conjunto de supuestos establecidos. También entran dentro de esta misma categoría los trabajos que, tras haber detectado un posible fallo o incongruencia en las explicaciones de un modelo teórico, presentan argumentos y pruebas sólidas bien para ajustar la teoría de modo que ésta pueda dar cuenta de los casos problemáticos, bien para demostrar su inadecuación y proponer en su lugar una teoría alternativa. En todas estas situaciones, el trabajo supone un avance —una extensión o una modificación— en nuestro conocimiento.

En cambio, una investigación que se propone como objetivo aplicar a una nueva muestra una explicación o unas pautas de análisis aplicadas a otra similar, creyendo que con ello se obtienen datos a favor de la hipótesis es una investigación mal planteada. Si lo que queremos hacer es poner a prueba el funcionamiento de una hipótesis, y tenemos razones fundadas para creer que nuestra hipótesis es en principio correcta, no tiene ningún valor probatorio el que resulte correcta en un nuevo caso. Lo que habría que hacer, más bien, es todo lo contrario: buscar casos en los que parezca no cumplirse, o situaciones que parezcan invalidarla, para poner a prueba su adecuación, su operatividad y su poder predictivo. Una hipótesis se refuerza no por acumulación de casos favorables, sino por eliminación de los posibles casos desfavorables.

5. La naturaleza de las generalizaciones: Dos metáforas, dos paradigmas

Hemos dicho que el objetivo final de cualquier investigación es hacernos comprender mejor el mundo, a base de ofrecernos explicaciones comprensibles que nos permitan entender y tener expectativas fiables sobre los fenómenos. El instrumento clave es, pues, proponer generalizaciones. Lo que quiero exponer a continuación es que el tipo de generalizaciones que puedan obtenerse depende muy directamente del paradigma general dentro del que se encuadre nuestra teoría y nuestros intereses. En esta ocasión sí que voy a utilizar datos del ámbito de la Pragmática.

Simplificando muchísimo las cosas, podemos organizar las diversas tendencias que se dan en la actualidad en nuestra disciplina en dos grandes grupos: los enfoques de orientación sociológica (o cultural), y enfoques de orientación psicológica (o cognitiva). Estos son los dos polos que atraen y aglutinan la mayor parte de la investigación actual. Aunque cada una de estas orientaciones reúne, a su vez, en su interior modelos diferentes (en ocasiones, con discrepancias más que notables entre ellos), las diversas teorías que integran cada uno de estos dos grandes grupos comparten un conjunto de rasgos lo suficientemente marcados y significativos como para que podamos afirmar que tienen un fuerte “parecido de familia”: comparten un determinado tipo de enfoque y de objetivos de investigación; comparten básicamente un mismo inventario de nociones centrales; y comparten la predilección por el estudio de ciertos temas, hechos o fenómenos.

Por un lado, está la Pragmática que investiga todos aquellos aspectos que podríamos denominar “externos”, y que tienen que ver con los condicionantes sociales y culturales que determinan la elección, el uso y la interpretación de las formas lingüísticas. En torno a ella se sitúan los estudios dedicados a la cortesía, los géneros discursivos, las diferencias en los estilos conversacionales que caracterizan a culturas diversas, o los aspectos políticos o ideológicos del uso lingüístico. Por otro lado, está la Pragmática de tipo “interno”, que indaga cuáles son los condicionantes cognitivos de los que depende la puesta en funcionamiento de la lengua; a su alrededor giran las investigaciones que se ocupan de los procesos inferenciales que determinan la interpretación de los enunciados, de la articulación de los diferentes sistemas cognitivos que intervienen en la actuación lingüística, o de la interfaz entre gramática y pragmática.

En la raíz de esta distinción, me parece, hay dos metáforas diferentes sobre el lenguaje, que determinan, a su vez, la manera de enfocar sus investigaciones, y que suponen la alineación de la Pragmática con un paradigma de investigación determinado. La Pragmática de orientación “externa” parte de la idea de que el lenguaje es una institución social, y que por lo tanto son de aplicación fundamentalmente las técnicas y la metodología de investigación propias de las

ciencias sociales. La Pragmática que se ocupa de los aspectos sociales y culturales busca sus generalizaciones a base de identificar las normas que subyacen al comportamiento lingüístico. Los estudios de cortesía, por ejemplo, intentan establecer generalizaciones analizando los comportamientos de un número más o menos elevado de individuos en relación con situaciones concretas (peticiones, sugerencias, invitaciones, rechazos, etc...). Estas generalizaciones reflejan las tendencias más acusadas y tienen, por tanto, el estatuto de abstracciones de base estadística.

Las explicaciones elaboradas a partir de análisis de frecuencias proporcionan imágenes globales de los hábitos comunicativos de un grupo humano, y resultan efectivamente adecuadas para describir los factores de naturaleza social y cultural que determinan la actuación lingüística. Se puede, por ejemplo, caracterizar el estilo de interacción propio de una determinada cultura identificando lo que, en cada situación concreta, resulta habitual entre los miembros de esa cultura. Estos enfoques permiten entender las diferencias interculturales como diferencias ya sea en los conjuntos de normas que están en vigor en cada comunidad, ya sea en los índices de frecuencia asociados a los diferentes tipos de expresión. Lo mismo cabría decir de las investigaciones sobre la estructura interna de los diferentes géneros discursivos o conversacionales. Lo que los estudios pragmáticos de esta orientación quieren recoger son las regularidades estadísticas que se observan en la actuación lingüística de una comunidad en una determinada situación

La Pragmática de orientación “interna”, en cambio, parte de la idea de que el lenguaje puede concebirse como un órgano mental. De este modo, la Pragmática se alinea con las ciencias naturales, y participa de sus procedimientos de investigación. En consecuencia, el tipo de generalizaciones que trata de establecer tienen el estatuto de principios o de leyes. Los principios son la expresión formalizada del funcionamiento de un sistema; no son generalizaciones de base estadística, sino regularidades sin excepciones, explicaciones causales que gozan, por tanto, del estatuto general y universal de las leyes de la Física. Lo interesante de los principios es no sólo que proporcionan explicaciones a los fenómenos, sino que permiten hacer predicciones de base causal y necesaria sobre los fenómenos antes de que estos ocurran. El estatuto general de los principios los hace aptos para intentar trascender la descripción de fenómenos y poder aspirar a establecer explicaciones universales de carácter predictivo. El papel predictivo de los principios es esencial en la articulación de cualquier teoría, y la Pragmática, desde luego, no debería ser una excepción.

Las teorías pragmáticas basadas en principios se afanan en descubrir leyes de base cognitiva o biológica. A pesar de que no están habitualmente expresadas en estos términos, las investigaciones que tratan de dilucidar cuáles son los patrones de inferencia que subyacen al razonamiento espontáneo tratan de establecer regularidades universales de raíz cognitiva. Lo mismo cabe decir de las investigaciones que exploran las conexiones entre los diferentes subsistemas del dominio cognitivo y su articulación en el uso lingüístico. Así como las herramientas estadísticas representan un elemento decisivo en los enfoques de tipo social, la experimentación psicolingüística y neurológica resulta esencial como complemento a la especulación teórica en la búsqueda de principios universales. Deben, sin embargo, hacer frente a las dificultades que derivan de la propia identificación de los principios y al grado de abstracción con que estos tienen que formularse.

Cada una de estas perspectivas tienen su propia estrategia para salvar el escollo que señalábamos al principio: el del nivel en que deben formularse las explicaciones. Decimos que la descodificación no es suficiente para determinar de manera algorítmica la interpretación de los enunciados, y, por tanto, hay que recurrir a la información contextual. Puesto que la circunstancia de cada enunciado es única e irrepetible, esto nos devuelve un objeto de estudio constituido por muestras siempre únicas, siempre diferentes, y que, por tanto, difícilmente cumple con las condiciones exigibles a la reflexión científica. Para escapar de este problema, hace falta descubrir invariantes comunes, que permitan generalizaciones. Hay dos maneras de lograrlo. La primera de ellas consiste en buscar los sistemas generales que, siendo comunes, hacen posible el comportamiento individual; las explicaciones de este tipo “descienden” al nivel sub-personal: esto es lo que hacemos cuando tratamos de descubrir los principios abstractos que

rigen los mecanismos. La segunda consiste en trascender lo individual buscando el nivel supra-personal, es decir, el de las generalizaciones sociales de base estadística: y esto es lo que hacemos cuando buscamos normas.

Esta diversidad de enfoques sugiere que tal vez la Pragmática nunca podrá ser una teoría con un único conjunto de principios de la misma naturaleza capaz de dar cuenta de todos los factores que determinan el uso lingüístico. Y no lo podrá ser porque en la determinación de lo que es adecuado intervienen factores de índole muy diversa. Los principios son generales, constitutivos, biológicamente esenciales, y su funcionamiento no se ve afectado por la pertenencia del individuo a una determinada comunidad social; las generalizaciones estadísticas que reflejan tendencias, normas y convenciones, aunque se basan en capacidades también constitutivas, derivan de representaciones y conjuntos de supuestos claramente determinados por la cultura. Todos son importantes en la caracterización de la actuación lingüística y cada uno debe ocupar el lugar que le corresponde.

6. Conclusión

He repasado los principales rasgos que definen la investigación en sentido estricto y las maneras en que diferentes tipos de trabajos se ajustan o no a la caracterización de lo que es investigar. De lo que se publica cada año sobre Pragmática, sólo una parte relativamente pequeña cumple con los requisitos para ser considerada como investigación. Para ilustrar mi punto de vista, como dije al principio, he evitado los ejemplos concretos de nuestro campo, y, en su lugar, he utilizado otros ejemplos como metáforas: queda encomendada a cada uno la tarea de retraducirlos en términos lingüísticos.

A estas alturas, creo que habrá quedado claro para cualquier lector atento que, en realidad, mi título enmascaraba una intención de más largo alcance que el que expresé al comienzo. Mis reflexiones no tienen que ver sólo con la investigación en Pragmática, sino que pueden aplicarse a cualquier otro ámbito de la Lingüística: también en otros terrenos pueden identificarse problemas como los que he señalado, de modo que mi llamada a la reflexión se extiende también al resto de los lingüistas que quieran hacer investigación. Es más, creo que estas reflexiones pueden extenderse también a la práctica docente. Muchos de los que leen esto serán profesores. La pregunta que deben hacerse es: ¿Qué debemos enseñar? O bien, ¿para qué enseñamos lo que enseñamos? De lo dicho se deduce que el fin de la enseñanza no debería consistir sólo en transmitir un amplio volumen de conocimientos, sino de unos conocimientos que nos ayuden a entender mejor el mundo. La pregunta que habría que hacerle a un buen profesional no es *cuánto sabe usted*, sino *para qué sirve lo que usted sabe*, o *qué sabe hacer con lo que usted sabe*. Nuestra práctica docente debería orientarse a dar una respuesta satisfactoria a estas inquietudes. Estamos en el umbral de los grandes cambios que supondrá nuestra integración en un sistema universitario europeo. Tenemos ante nosotros la ocasión de oro de modificar muchas cosas: no la dejemos escapar.

Si queremos que nuestro trabajo tenga proyección hacia el futuro, y si queremos que las energías que invertimos tengan la recompensa de contribuir al avance de nuestro conocimiento y nuestra comprensión de los fenómenos, no sirve cualquier tipo de trabajo. Si estoy en lo cierto, tenemos que replantearnos la manera en que abordamos el estudio de la lengua. Puede que no sea fácil, pero merece la pena intentarlo.